

MARTHA BÁTIZ¹

DE TRÁNSITO

Nombre Eulalia. ¿Segundo nombre? No tengo. De niña me decían Lalita, pero seguro ya nadie se acuerda. Apellido Martínez de Jesús. Me dan ganas de preguntarle por qué no se da cuenta. Es la cuarta vez que me agarran y me preguntan lo mismo y de esas cuatro veces dos me ha tocado este güero. El de seguro que nos ve a todos iguales, pero yo no. Yo sí los distingo. Me fijo si tienen barba tupida o medio pelona. Si los dientes les salieron chuecos o derechos como de comercial de la tele. Casi nadie los tiene chuecos. De los güeros, digo. Porque de los otros, los que se parecen a nosotros pero ponen cara de que no nos entienden cuando hablamos, de esos sí que hay muchos con dientes de mazorca. Disparejos, encimados. Me dan ganas de preguntarle al güero si no se da cuenta de que es la segunda vez que me toca hacer esto del nombre con él, pero no me atrevo. Es que hace mucho no duermo, luego no sé si lo que veo es verdad o me lo imagino. No quiero dormirme y entonces me da por hablar sola. No sé por qué la gente me ve tan raro. Ni que ellos no hablaran solos, ¿no? Pero es que yo solo tengo mi voz para no dejarme dormir, y eso es lo que quiero, porque él nomás está esperando que me distraiga y me calle y cierre los ojos para venir a decirme lo de siempre, que ya me tiene harta de tristeza o desesperación o cansancio

¹ Escritora mexicano-canadiense, con doctorado en literatura latinoamericana por la Universidad de Toronto. Traductora certificada por la ATA, es profesora a tiempo parcial en la Universidad de York/Glendon College y la U. de Toronto. Combina su labor creativa con la enseñanza de lengua y literatura españolas, y traducción. marthabatiz@rogers.com y mbatiz@glendon.yorku.ca

o todo junto. Me dan ganas de contarle al güero para que me entienda, para ver si me da una oportunidad, pero ya no puedo. Ya está ocupado con los otros.

Aquí todos llegamos sin nada. Hay uno que viene con la cabeza vendada, y se le ve como sangre. Ha de haber querido correr y lo agarraron a la mala. Hay una señora con un bebé que no deja de llorar, pobre criatura, quién sabe desde hace cuántos días anda trajinando. Aquí todos llegamos con lo que podemos cargar, que no es mucho porque se camina y se camina y ni modo de andar con un titipuchal de bultos día y noche en el calor. Don Manuel siempre dice *la calor*. Así decía mi papá también. Y yo, hasta que Andrés nos corrigió. Diablo de chiquillo, no le importó que estuviéramos anca don Manuel mismo, comiendo el borrego que acababa de matar para festejar su cumpleaños. Don Manuel dijo *está dura la calor* y Andrés como chapulín casi le brinca encima *no se dice la calor, se dice el calor, la maestra dijo*. Se salvó con eso de que había sido la maestra porque ahí ya nadie se pone, ni don Manuel que seguro tenía ganas de darle uno bueno, pero como ya se había echado sus tragos le ganó la risa *vaya, menos mal que aprendistes algo, escuincle cabrón, aunque sea algo que no sirve pa' nada*. Pero desde que llegué aquí me he estado acordando que ni ese día, ni el peor día allá en la casa, hacía tanta –digo, tanto– calor. Aquí solo la noche da permiso para respirar.

A veces creo que yo tengo la culpa de lo que le pasó a mi hijo, pero si lo pienso me dan ganas de llorar y si lloro me da sueño y no quiero que me dé. Igual con lo terco que era Andrés se hubiera ido de todos modos. Sabrá Dios. Yo quería que fuera a la escuela, y él iba. Estuvo yendo hasta que me lastimé y no pude trabajar más. Me hago la que no me doy cuenta pero bien que me fijo cuando la gente se queda mirando mi mano. Por eso se me hace raro que el güero no se acordara de mí. No creo que de toda la gente que ve haya otra con una mano como la mía. Claro que quién soy para juzgar, hay muchos que llegan moreteados y a lo mejor a veces ven a otros que están peor que yo. Dios es generoso; a todos nos da una cruz.

Andrés no estaba curtido para la vida de campo. A él le gustaban sus libros, quería ir a la secundaria, hasta hacer una carrera. Quería que nos fuéramos a la ciudad. Pero con qué ojos, yo con la mano

tullida y él tan chico y flacucho, los dos solitos, ¿a dónde nos íbamos a ir? Los hijos de don Manuel le estuvieron ayudando un tiempo ahí en la casa pero no era suficiente, ya no importaba trabajar desde que salía el sol hasta que se metía porque dejó de llover, y ya sin agua pues qué. El hijo mayor de don Manuel dijo que había que irse a la Capital. A lavar coches o lo que fuera. Andrés quería irse para allá y en una de esas seguir estudiando, porque en las noches bien que se la pasaba con sus libros, los leía tanto y tanto que yo le decía que ya, que le parara, que los iba a gastar con los ojos. Pero entonces Pepe, el menor de don Manuel, pensó que era mejor irse al norte. Cruzar la frontera. *De mo-jados*. Con un pollero. Trabajar allá.

Lo primero que dije fue que no, y no y no, y en esa cantaleta estuve hasta que el Pepe nos reunió a sus hermanos y a su papá y a nosotros y nos habló de razones: que Andrés era bueno para los números y las letras, y él para los asuntos del campo, y que si iban juntos y se apoyaban seguro iban a poder salir adelante. *Y aprender inglés, mamá, ¿te imaginas?*, me dijo Andrés para hacer segunda. Don Manuel y yo nos quedamos de a seis, mirándonos. La mera verdad así, visto así, sonaba muy bonito, pero yo le dije otra vez al Pepe que no, que cómo: Andrés todavía estaba muy chamaco, ni modo que se fuera así nomás. Lo que pasa es que claro, como ya había varios del pueblo viviendo del otro lado, se les hizo fácil a ellos seguirles el paso, como si fuera cualquier cosa. *Si no lo logramos a la primera, pues a la segunda segurito no fallamos, mamá. Nomás imagínate qué tan a todo dar nos va a ir*. Y empezó a marearme con sus cosas. No era que a mí no me dieran ganas de tener una telezota, a cualquiera se le antoja una telezota, ¿no? Y todo lo que Andrés me dijo que íbamos a comprar si él ganaba dólares. Pero le dije que no, que mejor nos esperáramos, y él terco que no, que de una vez. Como no nos pusimos de acuerdo, nos fuimos a la casa y por unos días no hablamos de eso. Ni de eso ni de nada. El pobre estaba triste como no lo había visto desde que enterramos a su papá.

¿Y con qué le vamos a pagar al que te cruce, hijo?, le pregunté por fin un día bien temprano. Sus ojos se iluminaron y me señalaron la tierra cansada. Por eso digo que a lo mejor yo tengo la culpa de lo que le pasó, porque lo mandé a la escuela y luego me lastimé, y él tuvo que hacerse cargo de la siembra cuando lo de la sequía, y todo se juntó, y después de días y días que estuvo muele y muele y yendo a la casa de don Manuel y de regreso con planes y cara de tristeza y

más planes, y a cada rato muele que muele con los ojitos apagados, pues le dije que sí, que ya estaba bueno de tanto dar guerra, que sí podíamos vender el terrenito para que se fuera. Según iba a reponer el dinero muy rápido ya que cruzara. Según íbamos a comprar hasta una casa mejor, y como yo siempre había querido una vaca, pues hasta la vaca me prometió, con todo y que con esta mano que tengo ni la iba a poder ordeñar.

Decidieron ir Pepe, Andrés y otro sobrino de don Manuel, al que le dicen El Bizco, que aunque tiene los ojos chuecos no es nada tarugo. El terreno y la casa nos los compró un compadre de don Manuel, pero dijo que yo podía quedarme ahí de mientras, en lo que conseguía otra cosa ya que cruzara Andrés. Bien buena gente el señor, lo que sea de cada quién. Yo decía a todo que sí, pues qué más iba a decir.

En esos días rezaba mucho. Desde que a Andrés se le metió la idea de irse yo no hacía más que rezar, y la madrugada que se fueron, a los tres los llevamos don Manuel y yo al altar, les dimos la bendición, sus morrales con tortillas, chiles, manzanas y agua, el dinerito que pudimos juntarles, como tenía que ser. De cualquier forma estuvimos bien preocupados todo el día don Manuel y yo. El solo decía que qué bueno que su vieja se había muerto cuando el Pepe era chiquito porque seguro que no lo hubiera dejado irse, y menos hubiera aguantado el miedo que nos entró cuando nos quedamos solos. Yo en cambio pensaba que si el papá de Andrés no se hubiera muerto, nuestra vida seguiría como antes, y él no se hubiera tenido que ir. Es más, si de veras había que irse a los Estados Unidos como se estaban yendo todos, a lo mejor se hubiera ido su papá de Andrés, y eso hubiera sido más fácil, o menos feo, o algo así.

Total que Andrés, Pepe y el Bizco cruzaron pero los agarró la migra. Cuando llamaron por teléfono a casa de don Manuel nos contaron que los habían regresado y estaban encorajinados porque ya habían caminado mucho y estaban a punto de llegar a la carretera donde alguien los iba a recoger. Ya que hablé con Andrés me quedé más tranquila porque me dijo que se sabían el camino, que ya les habían dicho por dónde desviarse para que no les volviera a pasar lo mismo, y que se iban a arriesgar otra vez los tres juntos, ya solos, *nomás por no dejar*. Terco como siempre. Antes de colgar me dijo que estaba recio el calor, me acuerdo. Así me dijo: *mamá, aquí está bien recio el calor*. Lo que no me contó fue nada de lo demás: la corretiza, y los

golpes de esa primera vez que los agarraron me los platicó el Bizco después. Veo al señor de la venda en la cabeza y me pregunto si Andrés habrá estado igual. O peor.

Cuando sonó el teléfono ya se estaba haciendo de noche y don Manuel contestó de volada: ahí estábamos sus otros hijos y yo todos reborujados, esperando noticias, y en cuanto vimos la cara que puso supimos que algo había salido mal.

Fracasaron, dijo cuando colgó. El único que estaba bien era el Bizco, que fue el que habló. Se habían perdido en el desierto. El Pepe estaba en el hospital y cuando se pusiera mejor lo iban a mandar de regreso. *¿Y Andrés?*

Después del novenario dejé de rezar. Ya no me daba miedo que Dios me castigara, ¿qué me iba a quitar? No tenía a mi hijo, no tenía casa, no tenía nada. Don Manuel me dejó mudarme a un cuartito donde guardaba tiliches, ahí hicieron un espacio para mí, y ahí me hubiera quedado si no hubiera venido él a hablarme. Primero pensé que era un sueño, porque estaba medio dormida y era de noche. Pero luego se hizo más fuerte la voz diciendo *mamá, tengo mucha sed, dame agua*, y me fuera a donde me fuera seguía oyendo a Andrés diciéndome lo mismo, *mamá, tengo mucha sed, dame agua*. Cuando tengo los ojos bien abiertos como ahorita, por ejemplo, no; cuando estoy hablando no lo oigo. Pero si me callo ahí está. Si cierro los ojos y me duermo, llega clarito. Y no hallo sosiego. Por eso le pedí a don Manuel que dejara que el Bizco me trajera al sitio donde habían cruzado, para llevarle agua a mi hijo. El pensó que estaba loca. Me dan ganas de regresarme y preguntarle al güerito si tengo cara de loca, a ver qué me contesta. No estoy loca, solo me duelen mucho las piernas y la espalda. Y traigo la ropa toda pegada al cuerpo y percutida por el polvo, y mucho sueño, pero no le aunque: sé muy bien lo que tengo que hacer.

Igual don Manuel no me creyó. Dijo que todo eran figuraciones mías, me quiso llevar a la iglesia. Ya para qué. Por eso tuve que venirme sola, y que don Manuel me perdona porque me llevé su reloj para empeñarlo y unos pesos que tenía en su cartera y ni modo. Fue su culpa de él, no me dejó más remedio.

Lo malo es que este lugar es muy grande, de día el sol pega como castigo, no estoy segura a dónde ir y cada que trato de cruzar me agarran, me regresan, me preguntan mi nombre y me encierran en este cuarto con muchos igual de amolados que yo, y no me dejan explicarles que aunque nos veamos todos parejos yo no soy como los

demás: yo no voy a quedarme en su país. Yo sí los distingo a ellos unos de otros, a los güeros y a los demás. Me doy cuenta de quiénes nos sonríen, quiénes nos ponen cara de que les damos asco, quiénes no nos quieren ni voltear a ver. Me fijo en sus dientes y barbas para ver si ellos también se fijan en mí y me escuchan.

Miro otra vez al güero pero no se da cuenta de que quiero suplicarle. De repente se me ocurre que a lo mejor hasta piensa peor de mí que de otros, porque hace mucho que ni duermo ni dejo de hablar. Así, quedito, hablo y hablo. Es que lo único que tengo además de mi voz son los murmullos de Andrés y ya no puedo más.

Antes de que me suban a la camioneta miro al güero, pero no volteo. Está despeinado y tiene arrugada la camisa del uniforme. Espero que no me vuelvan a agarrar, no tener que regresar aquí, pero por si las dudas me fijo con más ganas en todo: en los focos pelones, las paredes vacías. La señora con el bebé va caminando delante de mí, también el señor de la cabeza vendada. El bebé ya no llora. El güero sigue sin voltear. No sé cómo explicarle que lo único que quiero es llevarle agua a mi hijo, la que está en la botella que llevo conmigo en mi brazo bueno y que con este calor otra vez se está empezando a evaporar.

Agua, nomás, para calmarle la sed. Para que podamos descansar en paz.



2012 © Señora Aguilera, GPR